

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.

Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.

Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.

Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

5. El agua de la fe

Que el agua sea signo de vida y bendición, nos resulta evidente. Que lo sea también de muerte, lo tenemos quizá menos presente. En cualquier caso, al hombre no le resulta fácil sobrevivir ni en el desierto ni en el océano. El agua nos habla también, claro está, de limpieza y purificación. No hay lavadoras ni lavavajillas sin ella. Son muchos los caminos que el agua nos ofrece para entender lo que es la fe. En este tema nos centraremos en uno decisivo, que se refiere a la ausencia de agua, lo cual reseca nuestros labios y nos hace experimentar la sed, el deseo de beber. En nuestra sociedad desarrollada, quien tiene sed se acerca al grifo, siempre cercano, y bebe con generosidad. No ocurría así en el mundo de la Biblia, como tampoco ocurre así hoy en día en muchos países. El que tiene sed debe ponerse en camino hacia la fuente o hacia el pozo.

a. Una imagen, una pregunta

¿Qué es un pozo? En la Sagrada Escritura, el pozo es un lugar de encuentro, en el que se manifiestan los deseos del hombre. Junto a un pozo, el siervo de Abrahán ora y encuentra por fin a Rebeca, la futura esposa de Isaac, el hijo de su amo; allí también, encontrará también Jacob a su futura esposa, Raquel, y en otro pozo más lejano y años más tarde, Moisés conocerá a Séfora. Junto al pozo de Jacob, la samaritana dialogará y abrirá su corazón al Señor Jesús, mostrando su dificultad para amar.

El pozo, por tanto, es el ámbito en el que se manifiesta el deseo del hombre. Allí se revela que, junto al deseo de agua, existe una sed más profunda, un deseo más grande e insaciable: un deseo de felicidad y, en definitiva, de Dios. La fe es agua que sacia este Deseo, esta sed que el hombre no comparte con el resto de los animales. De este modo, la Revelación de Jesucristo calma la sed del hombre que pide y suplica: “Dame de beber”.

El agua nos lleva así a considerar un aspecto fascinante de la experiencia humana y cristiana: en todo hombre hay un misterioso deseo de Dios. El Catecismo de la Iglesia Católica comienza precisamente con esta reflexión: “El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios, y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar” (n. 27).

Así pues, la fe parece ser ese agua del que todo hombre está sediento. Sin embargo, si echamos una ojeada a nuestro entorno, parece que ya no existe ese deseo de Dios. En muchos sectores de la sociedad, “Él ya no es el esperado, el deseado, sino más bien una realidad que deja indiferente, ante la cual no se debe siquiera hacer el esfuerzo de pronunciarse” (cfr. BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 7 de noviembre de 2012). “Dios existe”. ¿Y qué? “Entonces, Dios no existe”. ¿Qué más da?

¿Ha desaparecido del todo ese “deseo de Dios”? ¿Cómo se asoma también hoy en el corazón del hombre? Sin olvidar las otras dimensiones del agua de la fe, abordaremos el tema desde esta pregunta fundamental, que se plantea junto al pozo de Jacob.

b. Algo de historia

Los arqueólogos conocen los signos de la presencia del hombre. Allí donde hay herramientas (por rudimentarias que sean), pinturas o enterramientos, allí hay ser humano. Ninguna bestia del campo entierra a sus difuntos. El hombre expresa su búsqueda de Dios por medio de comportamientos muy diversos (tumbas, oraciones, sacrificios, cultos ...) y universales, que hacen que podamos llamar al hombre un *ser religioso*.

La misma Sagrada Escritura manifiesta continuamente que este deseo está presente en el hombre. Pensemos, por ejemplo, en Moisés, que camino de la Tierra Prometida, pidió a Dios: “Por favor, muéstrame tu gloria” (Ex 33, 18); o en el bueno de Felipe que, incauto, pedirá a Jesús: “Señor, muéstranos al Padre, y eso nos basta” (Jn 14, 8), y se llevará una pequeña regañina del Maestro. Más poéticamente, el salmista manifiesta este anhelo del corazón: “Oh Dios, Tú eres mi Dios, por ti madrugo; mi alma está sedienta de ti, mi carne tiene ansia de ti como tierra reseca, agostada, sin agua” (Sal 62, 2-3). Pero la Biblia manifiesta también las dificultades que encuentra este deseo. Dios creó al hombre, nos dice san Pablo, “para que buscase a Dios, para ver si a tientas le buscaban y le hallaban, por más que no se encuentra lejos de cada uno de nosotros, pues en Él vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17, 26-28).

El desarrollo posterior de la teología ha dado nombre a esta realidad. Ya en el siglo IV, Rufino de Aquileya y san Agustín señalan que el hombre es *capax Dei*, es decir, “capaz de Dios”, porque ha sido creado a imagen de Dios. Más tarde, santo Tomás hablará de que existe en el hombre una capacidad de ir más allá de sí mismo, que se cumple a través de la obediencia, recibéndolo de otro (una *potencia obediencial*). Se trata, dirá Tomás, del “deseo natural de ver a Dios”.

La expresión dará mucho que hablar más tarde. Durante siglos se planteará un dilema que resultará ser un callejón sin salida: Si el hombre tiene un deseo natural de ver a Dios, entonces, para que el hombre sea un ser bien hecho, ese deseo tendrá que cumplirse necesariamente, por lo que ver a Dios será un derecho, no un don. Pero si no existe ese deseo, entonces Dios le será dado desde fuera, gratuitamente, pero como un ser ajeno a su vida y a su deseo. En otras palabras, si hay en mí un deseo natural de Dios, ¿no negamos la gratuidad y la libertad de Dios al manifestarse? Si no lo hay, ¿qué tiene que ver con mis preocupaciones, con mis deseos?

Esta discusión teológica degeneró en ocasiones en disquisiciones sutiles e inútiles. En el fondo, la cuestión estaba mal planteada. El punto de partida impedía llegar a ningún acuerdo. O Dios venía desde fuera como un extranjero desconocido, o venía desde dentro como alguien obligado a aparecer. Para salir del laberinto, era preciso superar esa “mirada secularizada”, que pensaba el mundo “como si Dios no existiera” y perdía de vista la unidad del proyecto divino sobre el universo. En realidad, desde el principio de la Creación, Dios nos destinó a ser hijos en el Hijo. El proyecto existe desde el principio y es un don totalmente gratuito. De ahí ese deseo natural de ver a Dios.

Pero, ¿no se ha apagado ese deseo de Dios en tantos de nuestros contemporáneos? ¿No es el ateísmo uno de los problemas más graves de nuestra época? (cf. Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes*, 19, 1). Son muchos los factores que pueden llevarnos a olvidar, desconocer o incluso rechazar esta llamada a la unión con Dios. Pensemos, por ejemplo, en la rebelión ante la experiencia del mal en el mundo, o en el pobre ejemplo que ofrecemos los cristianos. Existe también una indiferencia que brota del afán de riquezas y de éxito en el mundo, o bien, el pensamiento materialista que ve la religión como opio del pueblo. Por último, este deseo se debilita también en el pecador que, como Adán en el Paraíso, se oculta por miedo a Dios (cf. Gén 3, 8-10).

Sin embargo, aunque dañado y debilitado, el deseo de Dios no puede ser erradicado de nuestro corazón. Así lo atestigua un personaje que vivió en su carne esta situación. El hombre, reza san Agustín en su oración, “lleva en sí el testimonio de su pecado y el testimonio de que tú resistes a los soberbios. A pesar de todo, el hombre, pequeña parte de la creación, quiere alabarte. Tú mismo le incitas a ello, haciendo que encuentre sus delicias en tu alabanza, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en ti” (*Confesiones*, 1, 1, 1).

c. A la luz de la Escritura

Ya hemos dado dos pinceladas sobre el deseo de Dios en la Escritura. ¿Cómo nos habla del agua? Los ríos y mares aparecen desde la primera página del Génesis hasta la última del Apocalipsis.

En el principio, creó Dios las aguas primordiales y las organizó adecuadamente. Según la representación de los antiguos, el Génesis nos habla de una división de las aguas entre las de arriba, encima del cielo y las de abajo, de mares y océanos. La tierra seca, pensaban, se encontraba entre las “aguas de abajo” (Dt 8, 7; 22, 13; Jer 31, 4) y las de arriba. La lluvia ocurría por la apertura de las compuertas del cielo, que derramaba así el agua, la lluvia torrencial y el suave rocío (Gén 7, 11; 8, 2...). ¿Y los manantiales y las fuentes? Los antiguos pensaban que venían de esas “aguas de abajo”, inmensa reserva sobre la que reposa la tierra. De ahí la importancia de los pozos, a los que acudían con los rebaños.

Así pues, el agua es criatura de Dios, don que este dispensa y distribuye. El salmo 104 nos narra cómo Dios riega los montes y saca ríos de los manantiales, para que fluyan entre los montes. Él cubre la tierra con el manto del océano, y así se extiende la prosperidad sobre la tierra, pues dar el agua es dar la vida. Sin ella, todo es aridez, desierto, sed, hambre, sequedad...

Al mismo tiempo, sabemos que el agua es también signo de muerte. Dios envía el diluvio “para exterminar toda criatura viviente bajo el cielo” (Gen 6, 17). Frente al agua benéfica y pacífica, Israel conoce las aguas devastadoras, las crecidas repentinas de los cauces del desierto (cf. Sal 124, 4-5; 32, 6). El hombre necesita agua para beber, pero no puede vivir en ella: es un ser hecho del barro de la tierra.

Signo de vida y de muerte, el agua es también medio de limpieza y purificación. Por eso, un rito elemental de hospitalidad era lavar los pies al huésped, que llegaba con el polvo del camino (cf. Gén 18, 4; 19, 2; Lc 7, 44; 1 Tim 5, 10). Se trataba, claro está, de una realidad simbólica que manifiesta la limpieza del corazón. Por eso, la llamada a la conversión es una invitación a lavarse: “Lavaos, purificaos, apartad de mi vista vuestras malas acciones. Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien. Buscad la justicia, socorred al oprimido, proteged el derecho del huérfano, defended a la viuda. Venid entonces, y litigaremos. Aunque vuestros pecados sean como escarlata, quedarán blancos como nieve” (Is 1, 16-18).

Ante el pecado del hombre y su dureza de corazón, el agua será objeto de una promesa de futuro: Dios enviará un agua nueva. Así lo anuncia Isaías: “Oíd, sedientos todos, acudid por agua; venid, también los que no tenéis dinero: comprad trigo y comed, venid y comprad, sin dinero y de balde, vino y leche” (Is 55, 1).

La promesa adquiere un tono especial en el profeta Ezequiel: “Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará: de todas vuestras inmundicias e idolatrías os he de purificar, y os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo” (Ez 36, 25-26). Este anuncio se completará con una visión maravillosa. Ezequiel será llevado por un hombre misterioso al Templo de Jerusalén. Allí contempla cómo del lado derecho del templo surge un río caudaloso que va regenerando toda la tierra hasta llegar al mar Muerto. “Estas aguas desembocan en el mar de la Sal. Cuando hayan entrado en él, sus aguas serán saneadas. Todo ser viviente que se agita, allí donde desemboque la corriente tendrá vida y habrá peces en abundancia. (...) En ambas riberas del torrente crecerá toda clase de árboles frutales; no se marchitarán sus hojas ni se acabarán sus frutos” (cf. Ez 47, 1-12).

La descripción de Ezequiel nos recuerda el relato de la Creación. El jardín de Edén que Dios preparó para el hombre era regado por cuatro ríos, en cuyas orillas brotaban árboles fecundos (cf. Gén 2, 8-14). Ezequiel nos dice así que el Templo es el nuevo Paraíso, el lugar de la amistad con Dios. Al mismo tiempo, se promete de forma misteriosa el don de un manantial de aguas nuevas.

Esta promesa se cumple en Jesucristo. Así nos lo presenta san Juan en su Evangelio. Dialogando con la samaritana junto al pozo de Jacob, Jesús le revela que trae un agua nueva. “El que bebe de esta agua volverá a tener sed, pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed. El agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna” (Jn 4, 13-14). Por fin, enseñando en el Templo de Jerusalén, el día más solemne de la fiesta de las tiendas, Jesús se puso en pie y gritó: “El que tenga sed, que venga a mí y beba el que cree en mí; como dice la Escritura, “de sus entrañas manarán ríos de agua viva” (Jn 7, 37-38). Jesús se presenta como el manantial, la fuente de un agua nueva, del don del Espíritu. Más tarde, en la última cena, Jesús tomará agua y lavará los pies a sus discípulos. Esta acción, signo de hospitalidad que realizaba el siervo de la casa, es transformada por Cristo en la expresión del amor más grande (cf. Jn 13, 2-15). Así, no solo nos da a beber su agua sino que también nos lava con ella, acogiéndonos en su corazón.

El cumplimiento de la promesa se realiza al día siguiente fuera de la ciudad, en un lugar llamado Gólgota. Con su lanza, el centurión romano “le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua” (Jn 19, 34). El apóstol ve aquí un hecho decisivo para la fe: “El que lo vio da testimonio y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis” (Jn 19, 35). El nuevo Templo, el nuevo Paraíso, el lugar del encuentro con Dios y de la amistad con Él es el corazón de Cristo, que ha sido traspasado y ha quedado permanentemente abierto por una lanza. De su costado brotan el agua y la sangre de los sacramentos, un río caudaloso capaz de regenerar la tierra por la que pasan.

La fuente que brota en la Cruz se desborda a lo largo del Nuevo Testamento. La promesa de Jesús consiste en que quien beba, quien sea bautizado, se convertirá él mismo en manantial. Ya se lo había dicho a la samaritana, y así lo proclamó a voz en grito en el templo. Esta es la dinámica del bautismo: el que bebe, da de beber a vosotros, porque se convierte en fuente. El don de la fe es, a la vez, tarea.

La Biblia se cierra con una nueva promesa. Al final de los tiempos, vendrá de nuevo el Señor y traerá, ya sin límite, su presencia definitiva: “Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tenga sed yo le daré de la fuente del agua de la vida gratuitamente”. De ahí la espera gozosa en la que “el Espíritu y la esposa dicen: ¡Ven! Quien lo oiga, diga: ¡Ven! Y quien tenga sed, que venga. Y quien quiera, que tome el agua de la vida gratuitamente.” (Ap 22, 17).

d. Para dar vida en el mundo

Esta visión panorámica nos ha permitido entender la insistencia de la Escritura en el agua como expresión privilegiada del don de la fe. Podemos así volver a nuestra cuestión inicial. ¿Conserva el hombre de hoy el deseo – la sed – de Dios? ¿Tiene sentido ofrecer agua a quien está provisto de todo tipo de refrescos y cree poseer grandes depósitos para el futuro?

Responderemos a la cuestión en tres momentos. La sed nos llevará hasta la fuente y esta se derramará por la tierra, haciéndola fértil. Partiremos del anhelo de Dios, la sed que parece haber desaparecido del hombre; el crecimiento de la sed nos llevará a considerar el agua nueva de la fe. De ahí pasaremos a considerar cómo ese agua se expande y se transforma en cultura.

d.1. La sed. La pedagogía del deseo

Nuestra vida depende de la sed. Sin ella, el cuerpo no nos recordaría que necesitamos agua. Si no la experimentamos es porque estamos enfermos. ¿Cuál será la enfermedad de quien no tiene sed de Dios?

Hace unos meses Benedicto XVI nos ha ayudado a responder a esta cuestión, mostrando que el deseo de Dios sigue presente en el hombre de hoy. “También cuando este se adentra por caminos desviados, cuando sigue paraísos artificiales y parece perder la capacidad de anhelar el verdadero bien, incluso en el abismo del pecado, no se apaga en el hombre esa chispa que le permite reconocer el verdadero bien, saborear y emprender así el regreso, en el que Dios, con el don de su gracia, nunca le priva de su ayuda” (*Audiencia general*, 7 de noviembre de 2012).

El camino propuesto por el papa son los deseos del hombre y la experiencia del “bien”. El *Deseo* de Dios asoma en nuestros múltiples *deseos* de bienes concretos. En todo deseo, desde el más espiritual al más material, se encuentra el interrogante sobre qué es de verdad “el” bien, que es algo distinto de mí mismo, y que yo no puedo construir sino reconocer. Aquí entra en juego la experiencia del amor, que exige salir de mí mismo. Gracias al amor del matrimonio, de la familia y de las amistades, experimentamos la grandeza y belleza de la vida. Entendemos que el propio bien pasa el bien del amado y de la comunión y, de esta forma, quedamos des-centrados, al servicio del otro.

La experiencia del amor implica una peregrinación desde el yo cerrado hacia su liberación en la entrega de sí. De esta manera, se nos introduce en el misterio de la persona amada, que tampoco basta por sí misma. Ni siquiera la persona amada es capaz de saciar el deseo que alberga el corazón humano. Cuanto más auténtico es el amor por el otro, más deja que se entreabra el interrogante sobre su origen y su destino, sobre la posibilidad que tiene de durar para siempre.

Podríamos realizar un camino semejante a partir de la experiencia de la belleza, la amistad, o, como hace Juan Pablo II en su encíclica sobre la fe y la razón (Fides et Ratio), partir del amor por el conocimiento (Todo hombre desea conocer la verdad), para llegar hasta el deseo de Dios.

De este modo, cada deseo que asoma en nuestro corazón es un eco del Deseo fundamental, que jamás se sacia plenamente. Por supuesto, de aquí no podemos llegar directamente a la fe, pues no podemos conocer a Dios solo desde el deseo del hombre. Lo que sí podemos entender es lo que no nos sacia. El agua del lago o de la charca, podríamos decir, nos invita a seguir subiendo hacia el manantial, nos llama a no conformarnos con las aguas estancadas. De este modo, el hombre se presenta como un “mendigo de Dios”, un ser religioso o, como diría san Agustín, un “corazón inquieto”. En palabras del agustiniano Pascal, el deseo manifiesta que “el hombre supera infinitamente al hombre” (*Pensamientos*, 438).

Así pues, la dimensión trascendente de nuestra vida está relacionada con la profundidad y grandeza de nuestros deseos. De ahí que Benedicto XVI nos proponga un camino de evangelización y de crecimiento en la fe: la pedagogía del deseo. Este es el itinerario que el mismo Jesús siguió con la samaritana en aquel maravilloso diálogo junto al pozo, lugar propio del que desea, y también, de otra manera, con el joven rico.

¿En qué consiste esta pedagogía? No basta con desear. Es preciso aprender a desear bien. El deseo de salvación, el deseo de Dios, se despertará y avivará después de un camino de salvación del deseo. ¿Y cómo enseñar y salvar nuestro deseo, nuestra sed?

La pedagogía del deseo incluye dos dimensiones. Por una parte, es preciso aprender (o re-aprender) el gusto de las alegrías auténticas de la vida. Se trata aquí de distinguir entre los deseos que nos hacen activos y generosos y aquellos que nos dejan un poso de amargura y una sensación de vacío. La tarea, propia de la familia, consiste en rechazar la banalización y el aplanamiento del deseo, y aprender a saborear las alegrías verdaderas (la amistad, la ayuda al que sufre, el amor a la belleza de la naturaleza y del arte, el deseo de conocer, la renuncia a mi comodidad para servir al otro...). Este gusto por la alegría permitirá rechazar esos deseos que no son fuente de libertad sino de acostumbriamiento. Solo en esa tierra del corazón, será posible que surja el deseo de Dios.

En segundo lugar, en continuidad con el anterior, la pedagogía del deseo necesita un sano inconformismo: no conformarse nunca con lo que se ha alcanzado. El que desea lo pequeño y se contenta con ello, se queda pequeño. Frente a esto, las alegrías verdaderas nos van haciendo más

exigentes, de forma que queremos cada vez un bien más alto y más profundo. Percibimos así que nada finito puede colmar nuestro corazón.

De este modo, la pedagogía del deseo ayuda a espabilar el anhelo de Dios. Al ampliarse nuestro deseo, se dilata también el corazón, que se prepara para recibir algo más grande. El deseo se convierte así en luz para el camino. *Así lo expresó hermosamente san Juan de la Cruz:*

*“Que bien sé yo la fonte que mana y corre
aunque es de noche.*

*Aquella eterna fonte está escondida
que bien sé yo do tiene su manida,
aunque es de noche.*

*Su origen no lo sé, pues no le tiene,
mas sé que todo origen de ella tiene,
aunque es de noche”.*

El deseo nos conduce hasta el umbral. Pero para pasar por la puerta es preciso recibir el agua de la fe. Por mucho que deseemos el agua, el don superará siempre nuestras expectativas. La pedagogía del deseo nos prepara para recibir el don de la fe.

d.2. La fuente. La transformación del deseo en esperanza

Como ya hemos visto en nuestro repaso de la Escritura, la promesa de un agua nueva se cumple en Jesucristo. Él mismo es la fuente que ha venido a buscar al sediento. En el desierto, Moisés golpeó la roca con su bastón, y salió agua; en su visión, Ezequiel vio que del costado del templo brotaba un manantial; el centurión romano atravesó con su lanza el corazón de Jesús, y al instante brotó sangre y agua.

El agua de la cruz es signo de muerte y de vida. Bautizarse significa sumergirse en este agua, entrar en esa corriente hasta morir a la vida vieja y nacer a la nueva. No es solo purificación y baño, sino verdadero acontecimiento de muerte y vida que toca el fundamento mismo de la existencia. Se trata de participar en la muerte y resurrección de Jesús (cf. Rom). Como el Israel esclavo el pasar el mar Rojo, como Jesús al adentrarse en la pasión, es preciso entrar en el agua y ser sacado de ella como una criatura nueva.

¿En qué consiste esta novedad de vida? “El que beba de esta agua no volverá a tener sed” (Jn 4). Los que hemos sido bautizados, seguimos bebiendo varios litros de agua al día, y seguimos deseando muchas cosas. Pero hay algo fundamental que ha cambiado: hemos sido unidos a la vida de Jesús, de forma que nuestro deseo ya no es como antes. La presencia y la amistad de Jesús hacen que nuestro deseo se transforme: no en mero optimismo, sino en esperanza firme (cf. BENEDICTO XVI, *Spe Salvi*; J. GRANADOS – J. NORIEGA (ed.), *La esperanza: ancla y estrella*, MC-Didaskalos, Burgos).

Pero este don tan especial, debe renovarse a diario. Seguimos necesitando acudir continuamente a la fuente, al agua de la fe. El Bautismo no nos hace independientes, sino al contrario, nos une al manantial más estrechamente. En ese sentido, podemos entender que en la Iglesia antigua el bautismo debía recibirse con “agua viva”, es decir, con agua en movimiento, agua de manantial, no la guardada en un depósito. El agua nos habla de una dependencia permanente en nuestra vida: por mucho que bebamos hoy, no dejaremos de necesitarla mañana.

Por eso, la fe no nos detiene en el camino, ni permite conformismo alguno en la amistad con Cristo. El que cree quiere seguir comprendiendo cada vez más. Si no es así, la fe correrá el peligro de degenerar en una búsqueda de seguridades, y buscaremos, como denunciaba el profeta Jeremías construirnos cisternas para almacenar el agua. “Una doble maldad ha cometido mi pueblo: me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y se cavaron aljibes, aljibes agrietados que no retienen agua” (Jer 2, 13). El agua de la fe no puede almacenarse en depósitos. Es preciso sacarla a diario del pozo de Jacob, del manantial de la cruz.

Se nos ha dado un agua abundante y fresca. El misterio del agua nos lleva a considerar un elemento más. Junto al agua que recibimos de Dios, descubrimos que también nosotros disponemos de agua. Junto al pozo con la samaritana, y después en la cruz, Jesús manifiesta también su sed. “Tengo sed” (Jn 19). “Dame de beber” (Jn 4). No solo tiene la garganta y los labios secos y necesitados de agua. Su sed manifiesta su deseo: tiene sed de que tengamos sed de él. Está sediento de nuestra sed. Con el agua de nuestra libertad podemos aliviar su sed. Así, en el camino de ascenso hacia la fuente – pedagogía del deseo – había un guía interior que nos atraía.

d.3. La fe hecha cultura

Quien bebe el agua de la fe se convierte en fuente para todos los sedientos. De este modo, el agua desciende de nuevo por el arroyo y va empapando los campos y haciéndolos fecundos. La fe no se queda en el monte, donde brota el manantial, sino que baja a la vida del campo y la llanura y hace fértil la tierra. De esta manera, el agua de la fe nos ayuda a superar la fractura entre la fe y la vida, entre mis “creencias interiores y privadas”, y mis “relaciones y ocupaciones públicas”. La fe no es como la nieve, que es tan pura, que no es posible beberla. El agua de la fe cae del cielo como nieve, granizo, rocío o lluvia, y camina a través de la tierra, recibiendo las sales minerales que la hacen potable y saludable. Es agua que da vida.

De esta forma, el agua se transforma en cultivo. El agua, incolora e insípida, fructifica en variedad de frutos de muchos colores y sabores. Así como la luz, a través del prisma, muestra todos los colores, así también el agua, fecundando las semillas, hace que brote el verde olivo, el campo amarillo de trigo y el alegre viñedo, llena de uvas. Así, la fe transforma y genera *cultura*, es decir, el *cultivo* de todo lo que es verdaderamente humano. Al hacernos más divinos, el agua del Bautismo nos hace más humanos. Esta acción maravillosa afecta de modo singular al matrimonio. El amor entre dos bautizados, dos que han sido sumergidos en el agua de la fe, es un gran sacramento. En la entrega mutua de los esposos, brilla y se manifiesta el amor de Dios por los hombres.

Antes de concluir, pongamos un ejemplo de esta acción benéfica. “Y por la hermana agua, preciosa en su candor, que es útil, casta, humilde, loado mi Señor”. Así cantaba san Francisco la hermosura del agua. Al agua le pedimos candor y castidad, es decir, que no se manche sino que se conserve transparente. Pero al mismo tiempo, exigimos que nos limpie y se lleve nuestra suciedad. Y así lo hace, gracias a su capacidad de regenerarse, a través de la evaporación, la condensación y la lluvia. El agua es humilde: nos lava, se lleva lo sucio, y de nuevo regresa limpia para seguir refrescándonos. Así está llamado a ser nuestro amor familiar: agua fresca que no conserva los rencores y se lleva consigo las pequeñas manchas.

e. Conclusión

Comenzamos junto al pozo, signo del deseo del hombre, y lugar en el que la Biblia inaugura varios matrimonios. Con la mano en el brocal, hemos descubierto a Jesucristo que nos pide de beber, al tiempo que nos ofrece un Agua nueva. Como hemos podido ver, el agua de la fe posee esa potencia singular: despierta nuestro deseo más profundo y nos trae a la vez algo inaudito, impensable e imprevisible.

“Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a Él para que, conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo (JUAN PABLO II, *Fides et ratio*, 1).

- Tres preguntas para el coloquio

1. El deseo de Dios. ¿Cómo se manifiesta en nuestra vida? ¿Cómo está presente en mis muchos deseos? ¿Qué significa esto para la misión educativa de la familia?

2. La pedagogía del deseo que propone Benedicto XVI incluye un sano inconformismo. ¿Cómo nos ayudamos en la familia, en el equipo y en Familias de Betania a no estancarnos en el crecimiento y maduración de nuestra fe, de nuestra amistad con Cristo y de nuestro testimonio?

3. “Tengo sed”. ¿Tengo sed de que otros tengan sed de Dios? ¿De qué manera nuestro equipo y, más ampliamente, Familias de Betania, puede ser relevante y colaborar en la transformación de la cultura?

- Compromiso de equipo

Familiar:

Del equipo: Asistir al retiro de consagraciones del domingo 10 de febrero.

- Próximos eventos de Familias de Betania:

- Para los interesados en más:

BENEDICTO XVI, *Audiencia general, 7 de noviembre de 2012*

http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/audiences/2012/documents/hf_ben-xvi_aud_20121107_sp.html

La bendición del agua en el Ritual del Sacramento del Bautismo

- Intenciones de Benedicto XVI para el mes de enero:

General: Que se apoye y acompañe a las familias de inmigrantes en sus dificultades, especialmente a las madres.

Misionera: Que quienes sufren por causa de guerras y conflictos sean protagonistas de un futuro de paz.